

ha vivido. Entonces, ¿qué podía quedarme? Sin tiempo para una documentación minuciosa, es preciso recurrir al recuerdo y en este campo sí que el venero es fértil. La extraordinaria personalidad de Cajal era tan subyugante que dudo exista nadie que le haya conocido con no conserve un recuerdo nítido y profundo de él. Tuve la desgracia de no ser discípulo directo de Cajal en su cátedra. Cajal estaba ya jubilado cuando mi carrera comenzó. Sin embargo, mis gustos y aficiones me llevaron a pertenecer al grupo de aquellos trabajadores que rendían culto al maestro en su laboratorio de la Facultad. Sirva esto también de justificación para explicar por qué acepté el encargo de recordar a don Santiago.

Cuando yo alcancé a conocerlo estaban lejos ya sus momentos de gloria y triunfo. Jubilado de la cátedra, honrado universalmente, su cuerpo empezó a cansarse y la vejez pesaba sobre sus fornidos hombros. Era un Cajal anciano; en la senectud, en el momento en que se establece la terrible lucha entre el conflicto espiritual producido por el deseo inagotable de pensar, de producir ciencia y de seguir en su tarea, al que se enfrenta la decadencia vital, la impedimentación cada vez más agobiante y limitadora de una senilidad progresiva; con los sentidos desfallecientes, la memoria ruinosa y la fatiga derivada de la larga concentración espiritual.

Creo pueda tener interés, por ser objetivo, un recuerdo sobre algunos datos del carácter de Cajal. Cajal era un genio. Esto parece hoy incontrovertible y sin embargo ha sido uno de los temas más discutidos durante años entre los discípulos de Cajal y un gran número de pensadores. De modo inexplicable, escritores inteligentes refutaron el calificativo de genio para Cajal considerando que únicamente era aplicable este adjetivo a los artistas. La gran disputa en este campo la llevó el malogrado Achucarro incluso con cierta violencia, cuando se puso en duda que un investigador científico, por el hecho de haber descubierto detalles histológicos, fuera genial. Olvidaban que no era sólo el detalle lo descubierto por Cajal y que este detalle no tenía casi valor comparado con la inspiración armoniosa y la intuición genial de sus trabajos. Afortunadamente de las controversias surgió la razón y hoy nadie duda de la genialidad de don Santiago, aunque sus detractores se inspiraran para atacarlas en ideas de Kant.

Pues bien; el genio de Cajal se manifestaba en su carácter por

una serie de reacciones psíquicas y materiales a veces contrapuestas que durante toda su vida matizaban y presiden sus actividades. Cuando se leen sus *Memorias* se deduce que desde pequeño era tímido, retraído, soñador, romántico, aventurero, terco y ambicioso, y además colérico. Fue tenaz y paciente, habilísimo en la técnica manual, desprendido y modesto. El mismo declara muchas de estas características y recuerda cómo luchó para contrarrestarlas. Una de las que más le perjudicaron toda su vida fue la timidez. El año de 1923, ya jubilado, escribe:

"Aún hoy [1923] consciente de mis defectos y después de haber trabajado heroicamente por corregirlos, perdura en mí algo de esa arisca insociabilidad, tan censurada por mis padres y amigos."

En efecto, su natural brusco y arisco le hubo de perjudicar hondamente. Su mayor disgusto era que alguien, como le ocurrió frecuentemente con los periodistas, a quienes no gustaba recibir, le calificara de hosco, huraoño o adusto. Sin embargo, conociéndole de cerca resultaba muy distinto de lo que pueda pensarse por la lectura de sus memorias u otras crónicas. Era afable, extraordinariamente afable; brusco pero cariñoso; y su gran sentido del humor hería a ve-

ces, sin proponérselo, a un adversario. Amiguismo de la conversación amistosa, en busca de la cual frecuentaba cafés y círculos. Y hasta cuando se tornaba colérico, creo sería mejor llamarlo impetuoso, era con esa cólera imprevisita y fugaz que tanto abunda entre los españoles y que casi siempre cursa sin consecuencias.

Hablaba sin énfasis, con voz grave y opaca; su clase se caracterizó siempre por la isotonia de la voz, que, para quienes no seguían el concepto de lo explicado, resultaba monótono e intolerable. Nunca usó tópicos floridos, ni retruécanos tribunicios. Decía las verdades escuetamente, con sencillez; con la misma sencillez y donosura con que replicaba a sus contrerulios del Café Suizo. No necesitó el adorno de una retórica florida ni de aquellos ademanes gesticuladores tan en boga en los enlevitados catedráticos de su época. Aquí en México hace ahora diez años una tarde vibramos de emoción cuando un aparato fonográfico reprodujo en la Academia Nacional de Ciencias la inolvidable voz de Cajal, conservada como el más vivo de sus recuerdos por el doctor Perrin, el más fervoroso de sus discípulos de América.

Si la voz de don Santiago se intruataba en el oyente, había otro

carácter que también producía admiración a los que le rodeaban. Era su sentido artístico. Toda la vida don Santiago fué una admirador de lo bello. De sus *Memorias* son las palabras donde dice cómo desde niño:

"No me saciaba de contemplar los esplendores del sol, la magia de los crepúsculos, las alternativas de la vida vegetal con sus fastuosas fiestas primaverales, el misterio de la resurrección de los insectos y la decoración variada y pintoresca de las montañas."

Consecuencia de este amor por lo bello es su afición a la pintura y al dibujo. Cajal fué un dibujante extraordinario. Sus esquemáticas en el encerrado, trazados rápidamente con tizas de colores, eran obras maestras destinadas a esfumarse en polvo. Ya se han escrito artículos y trabajos dedicados a este arte y algunos incluso, como don Anagnio Zozzysa, no pudieron resistir la tentación de ensalzar las manos recias y flexibles con que don Santiago lo mismo diseña finas estructuras, que las representaba bella y fielmente sobre el papel.

El tercer carácter que quiero resaltar en don Santiago eran sus extraordinarias dotes analítico-sintéticas. Tal vez se deba a esta característica la mayor parte de su éxito. Desde pequeño ya muestra en sus actos esta capacidad destacada para descomponer la materia en sus elementos, analizarla y reconstruirla después de un trabajo de síntesis. A este aspecto de su carácter corresponden muchos hechos desconocidos de su vida. La improvisación de pinturas raspa-do en sus paredes. La fabricación de pólvora tras numerosos intentos y probaturas. Su arte como fabricante de placas fotográficas y casi toda su labor de investigación. Cajal era tenaz y perseverante. En una ocasión escribe:

"Las ideas no se muestran fecundas con quien las sugiere o las aplica por primera vez, sino con los tenaces que las sienten con vehemencia y en cuya virtualidad ponen toda su fe y todo su amor. Bajo este aspecto bien puede afirmarse que las conquistas científicas son creaciones de la voluntad y ofrendas de la pasión."

Y efectivamente. Con perseverancia, tenacidad y una paciencia rayana en la obstinación es como puede llegar a adueñarse de técnicas y métodos difíciles y delicados en la soledad de su trabajo autodidacta. Unase a esto una flexibilidad extraordinaria para cambiar de opinión ante la observación de los hechos, y tendremos repasados la mayor parte de los fundamentos geniales de su carácter.

(Pase a la página 8)

CORTESIA

del

BANCO NACIONAL
DE MEXICO, S. A.

otras ocupaciones: empleado, periodista, profesor, a lo sumo, como hace cincuenta o cien años, diplomático; la carrera de letras depara la docencia o la investigación, sin que sean admitidas en los exámenes de grado las obras de creación, que podrían ser analizadas y discutidas como materia del acto académico. Nuestra literatura vive de milagro, al azar, como la lotería; por eso es raquítica y desigual. Vocaciones poderosas no faltan; pero se malogran. Cuando apunta una estrella pronto se apaga; cuando parece que a la gran pintura de México seguirá el gran teatro, la novela en grande, la lírica definitiva, desvanécese las esperanzas, los buenos augurios. Condiciones iguales a las que hicieron posible nuestra indiscutible grandeza plástica universalmente consagrada, existen para el advenimiento de novelistas equivalentes a los maestros de la pintura mexicana moderna; la temática, las urgencias y solicitudes de la vida nacional son materia común del arte; pero los estímulos y el ambiente de trabajo son diversos; en tanto unos pudieron entregarse por completo a su obra de creación y viven por ella y para ella, los otros han de trabajar en los espacios que les dejan libres las exigencias perentorias de su ocupación principal. El ar-

te, para ellos, es la casa chica. Ni pueden objetarse casos de excepción en cuanto a obras sobresalientes. El panorama general es lo que cuenta.

La edad de hierro, la etapa heroica que siguen viviendo las letras mexicanas debe tocar a su fin. Como la del músico, la del pintor, la del arquitecto, la principal actividad del escritor debe ser escribir; por ella y para ella debe vivir. El ominoso mecenazgo a medias, que ha consistido en empleos o en impresiones de libros, debe acabar.

A este fin conspira, entre los intentos que reclaman organización sistemática y permanente, la noble iniciativa de *El Nacional* que hoy alcanza su primer fruto. La cocha obtenida en esta prueba, confirma la riqueza de materiales y la abundancia de operarios, en espera del calor propicio para fraguar la edad de oro de nuestra novela, que hace tanto tiempo ve de cerca, sin alcanzar, la tierra prometida, cuyos confines son más dilatados y espléndidos que los dominios por otros descubiertos.

Cuanto queda dicho nos hace poner nuevo énfasis en repetir que el fomento de la novela nacional es empresa ingente de patriotismo.

El Centenario de...

(Viene de la página 4)

ter. Prescindiendo en beneficio de mis oyentes de las características hereditarias, raciales y ambientales que ya han sido estudiadas por los psiquiatras y que nos llevarían muy lejos de nuestra intención.

Con la edad, los achaques de Cajal aumentaban. Su vida se fué retrayendo hasta no salir de casa. Inversamente, los homenajes se sucedían recordándole que en todo el mundo se le admiraba. No dudó en afirmar que, de todos los homenajes, el que más le satisfizo siempre fué ver cómo se afirmaba su escuela histológica y cómo venían del mundo entero a visitarla. No hubo investigador interesado en la neurología que no acudiese a recibir el esparadazo de la escuela madrileña. Alemanes, franceses, ingleses, austriacos, eran visitantes frecuentes. Allí conocimos a Penfield, el gran neurocirujano canadiense; y la presencia de los americanos de habla española era continua. Entre ellos se destacaba el grupo mexicano. No quiero citar nombres por no incurrir en omisiones, pero sí quiero recordar que el propio don Santiago expresa en su libro cómo los más fervorosos plácemes de esta época de su vida llegaron de México y señala como inspirador de este fervor hacia él en el país hermano a don Tomás Perrín, nuestro querido maestro.

Tal vez fué en alguna de estas visitas u homenajes cuando llegaron a sus manos las célebres monedas de oro con el águila azteca aparecidas cuando se abrió la caja fuerte que contenía los muchos premios y medallas que recibió en su vida.

Estos últimos momentos de Cajal fueron muy serenos. Don Santiago esperaba la muerte con tranquilidad, con la conciencia segura de su labor. Con excepción de sus más allegados, todos los demás dejamos de verle. En el retiro de su casa, escribía infatigable; pretendió dejar una descripción de cómo evolucionaba su enfermedad. Así lo sorprendió la muerte. Existe una última cuartilla —esa cuartilla que ha glosado don Tomás Perrín— donde con letra cada vez más insegura, hasta convertirse en indecifrable, escribe su sensación subjetiva de la uremia por deshidratación que acabó con su vida.

Una tarde plomiza del octubre de 1934 un pequeño grupo de amigos y colaboradores nos reunimos en la penosa tarea de sepultar a don Santiago. Una fosa simple en el popular cementerio de la Almudena recogió sus restos. Quedó entre el pueblo, mezclado con la masa de aquellos mismos para quienes diera su gloria y su triunfo.

Así se fué la materia; sin embargo, el espíritu quedó vivo. Quedó palpitante y activo en la escuela de trabajadores que él fundara. Quedó universalmente difundido en las verdades que él descubriera. En todos los idiomas y en todos los ámbitos de la tierra, cuando el más modesto estudiante que se inicia o el más encumbrado profesor que explica llega al sistema nervioso, Cajal revive, revive en sus ideas que por ser verdades en beneficio de la humanidad quedaron ingravidades en el tiempo por los siglos de los siglos. Y revive en las mentes de los hombres como el símbolo y el ejemplo de lo que es capaz una inteligencia cuando pone todo su empeño en arrancar a la Naturaleza sus secretos más recónditos.

BANCO NACIONAL HIPOTECARIO URRANO Y DE OBRAS PUBLICAS, S. A.

Francisco I. Madero N° 32
MEXICO, D. F.

★

Capital autorizado:	\$ 125,000,000.00
Capital pagado:	43,155,200.00
Reservas:	27,779,841.30

★

Adquiera usted nuestros bonos hipotecarios; su producto se destina a la construcción de habitaciones populares y de obras y servicios públicos. Comprándolos, habrá usted hecho una inversión segura y obtendrá una renta semestral fija garantizada.

El amplio mercado de nuestros bonos asegura a usted la liquidez de su inversión por la venta inmediata de los títulos que siempre puede usted efectuar.

Texto aprobado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio N° 601-II-29967 del 18 de diciembre de 1951.



Ingenieros
Civiles
Asociados
S. A. de C. V.